

gar, Rowntree no estudió —ni lo pretendió jamás— la población internada en instituciones benéficas, sino los agregados domésticos pauperizados. Ello explica muy probablemente por qué M. Carbonell destaca en las mujeres pobres una fase del ciclo vital atípica —entre los 15 y los 24 años— frente al modelo de Rowntree. En realidad, el hallazgo de Carbonell no es nuevo, pues esa divergencia aparece también —por ejemplo en la Florencia del XIX— cuando se han estudiado las diferencias del ciclo vital de la población internada en establecimientos asistenciales frente al conjunto de la población pauperizada, que era, evidentemente, mucho mayor y más compleja. La autora ha realizado un esfuerzo brillantísimo para sobrepasar las limitaciones de su fuente documental a fin de no elaborar un estudio sobre marginación social en la Barcelona del setecientos y sí un análisis global de la población pauperizada, pero parece que, al fin, la fuente se ha tomado su pequeña venganza.

Estas pequeñas discrepancias frente a aspectos puntuales no han de entenderse, claro está, en demérito de este libro que, sin duda, constituye una investigación excepcional. Su rigor teórico, su capacidad para integrar el estudio de la pobreza en un proceso dinámico de carácter global, su inteligente utilización de la documentación... lo convierten en una investigación modélica que debería estar destinada a constituirse en referente de una necesaria renovación de la historiografía de la pobreza y de la desigualdad social en nuestro país. Sólo cabe, pues, felicitar a la autora por haber culminado una investigación tan brillante.

*Juan Gracia Cárcamo*

MARTÍN DE LA GUARDIA, R., PÉREZ SÁNCHEZ, G.Á., *La Europa Balcánica. Yugoslavia desde la segunda guerra mundial hasta nuestros días*. Ed. Síntesis. Madrid, 1997, 206 pp.

En el panorama universitario nacional la obra del tándem formado por los profesores Martín de la Guardia y Pérez Sánchez despierta un creciente interés como muestra destacada de una historiografía española afortunadamente más sensible al tratamiento de problemas y cuestiones que exceden del marco territorial más próximo al investigador, en este caso, el conjunto de transformaciones que ha experimentado la Europa del Este en las postrimerías del siglo. Su meritoria y ya reconocida labor de análisis de la Unión Soviética y de los países situados

bajo su hegemonía durante la segunda mitad de la centuria se prolonga ahora con esta aportación sobre la desafortunada experiencia yugoslava.

En contraste con la habitual práctica editorial de recurrir a títulos comerciales ampliamente generosos con respecto a sus contenidos reales, la propuesta de los autores trasciende de la estricta referencia a la que alude la cubierta del libro —la Yugoslavia posterior a 1945— para ofrecer en sus páginas al lector un riguroso y sistemático análisis de los diversos proyectos yugoslavistas, es decir, las sucesivas tentativas de consolidar un Estado común de todos los pueblos sudeslavos en el siglo xx: la «primera» Yugoslavia, desde 1918, como Reino de los serbios, croatas y eslovenos; la «segunda» Yugoslavia, a partir de 1945, como República Federal Popular Democrática; y la «tercera y mínima» Yugoslavia, en los años noventa, con la refundación de la República Federal. Aquí radica la primera virtud de la obra, insertar el fracaso de la Yugoslavia posterior a 1945 en un marco de referencia más dilatado, sin el cual todo intento de explicación de la cuestión yugoslava resultaría incompleto e infructuoso.

El enfoque adoptado permite, además, identificar con nitidez el grado de complicidad de la historia nacional yugoslava con la historia europea y mundial del siglo xx. Por una parte, la historia yugoslava participa de las mismas frustraciones que han jalonado el compartido viaje de buen número de Estados europeos en el presente siglo: primero, la aventura de la democracia parlamentaria del naciente Estado yugoslavo tras la Gran Guerra y el Sistema de Versalles, las inmediatas dificultades que atenazan el sistema de convivencia y la reacción autoritaria protagonizada por el rey Alejandro desde 1929, en un contexto internacional dominado por la crisis de legitimidad del Estado democrático-parlamentario; después, la aventura de la democracia socialista tras la refundación del Estado en la segunda posguerra, su integración en la comunidad de Estados socialistas, la ruptura con Stalin, la búsqueda de la vía yugoslava al socialismo, y la posterior quiebra del modelo desde los años ochenta; por último, la estrecha vinculación entre la crisis del sistema socialista y la desintegración territorial del Estado. La historia yugoslava compendia, pues, la historia de una parte del continente europeo.

La experiencia yugoslava presenta, por otra parte, rasgos singulares que han supuesto, a la postre, una dificultad añadida para la feliz factura de los sucesivos proyectos sudeslavos. Según apuntan Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, pocos Estados en la Europa contemporánea han reunido en su seno tal diversidad de etnias, creencias y formas de

vida. Al sueño de la unión de los eslavos del sur se superpone la disparidad de las poblaciones: pertenencia a grupos étnicos diferentes, civilizaciones diversas desde el punto de vista cultural (con tres lenguas eslavas: serbo-croata, esloveno y macedonio; tres no eslavas de gran importancia: alemán, albanés y húngaro; y otras más minoritarias: turco, italiano, eslovaco, rumano, etc.), divergencias religiosas entre ortodoxos, católicos y musulmanes, tradiciones políticas particulares, etc. Con estas premisas la especificidad de la historia de Yugoslavia consiste en la debilidad e incapacidad mostradas en las décadas siguientes para arbitrar y consolidar un *modus vivendi* perdurable de un Estado multiétnico, pluriconfesional y con desigual nivel de desarrollo socioeconómico de las comunidades sudeslavas. La pretensión serbia de que el Estado unitario sancione su hegemonía y prestigio, por un lado, y la réplica de croatas y eslovenos de que el Estado reconozca y asuma sus reivindicaciones nacionales, por otro, frustran la búsqueda de un modelo armonioso y fructífero de convivencia. La debilidad de las sucesivas experiencias se pone a prueba cuando el contexto internacional experimenta tal convulsión que se acelera el ritmo histórico (según sucede con motivo de la ocupación del territorio por las potencias del Eje en los años cuarenta o del derrumbe de las democracias socialistas en los años ochenta). En tales circunstancias, el modelo yugoslavo quiebra y se precipita hacia la desintegración territorial; en pleno hundimiento, la incapacidad alcanza sus últimas consecuencias cuando la disparidad de intereses se transforma en conflicto y en trauma, en lucha fratricida y en exterminio étnico o ideológico, según sucede en cada una de las fases (1941-1945 y 1991-1995) que han marcado el agotamiento de un modelo y la reformulación del siguiente.

La azarosa evolución unitaria de Yugoslavia acapara el interés de los debates historiográficos que son planteados por Martín de la Guardia y Pérez Sánchez en el pórtico de la obra. Se pasa revista aquí a las diversas claves que sobre el fracaso colectivo yugoslavo ha aportado la historiografía. Aun cuando el entramado de divergencias de naturaleza religiosa, rivalidades ideológicas o diferencias históricas y culturales prima en el tratamiento historiográfico del laberinto yugoslavo, no faltan autores que optan por adentrarse en interpretaciones de carácter «biológico»: la fragilidad de Yugoslavia respondería a su tardío nacimiento (a diferencia de la consolidación de otras unidades nacionales como Italia o Alemania), cuando no a su juventud y su prematura formación (ante la escasa conciencia popular del ideal yugoslavista), e incluso se escuchan voces (serbias) que achacan el infortunio final a la creación misma de un Estado que al transformar el ideal panserbio en

ideal yugoslavista mediante la incorporación de Eslovenia y Croacia hipotecó el posterior desarrollo de Serbia y condenó a Yugoslavia como realidad inestable y conflictiva por naturaleza. Esbozado en estos términos el debate historiográfico, los autores tejen como hilo conductor de la historia yugoslava el desencuentro entre pueblos divididos por la geografía, religión, política, tradiciones sociales y diferentes estructuras socioeconómicas. Los autores proceden, a continuación, al tratamiento de la génesis, contenido y desenlace de los sucesivos proyectos yugoslavistas. La estructura del libro se ajusta con precisión a la secuencia modelo-crisis-reformulación del modelo, con una intensidad y paginación creciente a medida que avanza el siglo XX.

La primera experiencia unitaria, que abarca el periodo de entreguerras, pone de relieve muy pronto los límites del ideal yugoslavista y la construcción imperfecta y convulsa de Yugoslavia (capítulo segundo de la obra). La fundación del Reino de serbios, croatas y eslovenos bajo la forma de democracia parlamentaria se trunca por la debilidad de sus fundamentos institucionales y por las adversas condiciones interiores y exteriores propias de los años veinte y treinta, que lejos de contribuir a acabar con las desavenencias de los eslavos del sur alargaron los problemas y los convirtieron en insolubles. A la modestia de las reformas socioeconómicas emprendidas (reforma agraria y planes económicos) se añade la distinta concepción que del Estado plantean serbios, croatas y eslovenos. La falta de apoyo explícito de todas las comunidades al proyecto unitario se acrecienta cuando la Constitución de 1921 recoge la aspiración centralista serbia en detrimento de los deseos federalistas de croatas y eslovenos, y más aún cuando el rey Alejandro en 1929 procede a un «autogolpe de Estado» que consolida el yugoslavismo integral y hace oídos sordos a las reivindicaciones croato-eslovenas de autonomía. El Reino de serbios, croatas y eslovenos es entonces rebautizado como Reino de Yugoslavia.

Con la ocupación del territorio por las potencias del Eje y la desmembración de Yugoslavia se pone fin a la primera experiencia unitaria. Entre 1941 y 1945 la guerra agudiza las diferencias entre los pueblos sudslavos. La obra de Martín de la Guardia y Pérez Sánchez tiene aquí algunas de sus páginas más brillantes. En tanto la aspiración de los croatas ultranacionalistas *ustachi* parece tomar forma en la efímera existencia del «Estado Independiente Croata», la Serbia ocupada y reducida territorialmente se debate entre el colaboracionismo, la resistencia de los *chetniks* monárquicos y la entrada en acción de los *partisanos* comunistas yugoslavos. La etapa de transición hasta la Yugoslavia comunista no sólo está marcada por las calamidades de la guerra sino

también por la lucha fratricida: exterminios de carácter étnico como el genocidio perpetrado por los *ustachis* croatas contra judíos, gitanos y, sobre todo, la minoría serbia (limpieza étnica de una población calificada de supérflua); exterminios ideológicos o de clase como los llevados a cabo por los comunistas contra los grupos dirigentes de Serbia, acusados de colaboracionistas y enemigos del pueblo, y contra los prisioneros de guerra *ustachis* y *chetniks*. Guerra en la guerra y revolución alumbran el nacimiento de la segunda Yugoslavia, ahora federal y socialista.

El segundo modelo yugoslavista (la Yugoslavia de Tito, 1945-1980) se define como república popular y federativa. La nueva república yugoslava está animada por el principio federal en la organización del Estado, por el componente centralista y planificador en lo económico y por el control que ejercen los comunistas. La Federación integra seis repúblicas (Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia) dotadas de sus respectivas constituciones, así como dos provincias autónomas vinculadas a Serbia (Kosovo y Voivodina) en reconocimiento a la presencia de las poblaciones albanesa y húngara, respectivamente. En este cuarto capítulo de la obra, los autores centran su interés en la caracterización yugoslava como sistema socialista de tipo soviético y su marcada evolución hacia el socialismo autogestionario. Así, Martín de la Guardia y Pérez Sánchez analizan la inicial consolidación en el país de un sistema de dominación de tipo soviético (el entramado de la Constitución de 1946, la centralización del poder en el Partido Comunista, la construcción de la economía socialista y el control social), así como las consecuencias del cambio de posición yugoslava respecto a la Unión Soviética, la ruptura con Stalin y la búsqueda de una vía yugoslava al socialismo (las sucesivas Constituciones de 1953, 1963 y 1974, los inicios y consolidación de la autogestión, la política exterior y la teoría de la «no alineación», las luces y sombras de la evolución económica, la disensión política y la contestación al poder personal de Tito, las reformas en la Liga de los Comunistas, la descentralización acometida en las instituciones del Estado, etc.). La descentralización era una realidad a finales de la década de los setenta. El modelo federal y socialista había otorgado a las diferentes repúblicas sudeslavas tales competencias que en la práctica el gobierno federal había reducido su esfera de actuación a la dirección de la política exterior y monetaria o al control del Fondo para el desarrollo de las repúblicas y provincias más atrasadas. Sin embargo, «este proceso descentralizador no había supuesto la mejora socioeconómica de los territorios federales, tal y como se esperaba» (p. 90). Tras la muerte del mariscal Tito

en mayo de 1980 se inaugura un nuevo proceso de crisis y se manifiestan con intensidad para Martín de la Guardia y Pérez Sánchez las contradicciones del sistema yugoslavo: fracaso de la autogestión, más teórica que real, por su falta de eficacia y por haber generado el mismo aparato administrativo que otras economías socialistas; aumento de las diferencias socioeconómicas entre las repúblicas y provincias más ricas y las zonas más atrasadas de la Federación; aparición de una élite política enraizada en sus respectivos territorios y fortalecimiento de las redes caciquiles locales; discrepancias ideológicas dentro del Partido único alimentadas por las tendencias nacionalistas y disgregadoras, etc. A la herencia postitoísta se suma, finalmente, la trascendencia de los acontecimientos desarrollados en la Unión Soviética y, en general, en todo el bloque comunista.

Los años noventa conocen el ocaso de la Federación. Los autores analizan en el sexto y último capítulo la agonía de la segunda Yugoslavia: la crisis socioeconómica, la pérdida de identidad y la desorientación del Partido Comunista, la erosión del apoyo al resto de instituciones federales. La clave de la ruptura de la segunda Yugoslavia debe buscarse en el cerrado parentesco entre la crisis del sistema comunista y la del Estado multinacional; el desplome del sistema socialista da paso, con la ayuda del dogmatismo ideológico, el nacionalismo exacerbado y excluyente y la intolerancia religiosa, a la disolución violenta del Estado yugoslavo. El discurso nacionalista emerge con fuerza. Los resultados de las elecciones libres y pluralistas celebradas en cada una de las repúblicas en 1990, favorables a las propuestas nacionalistas, muestran que las instituciones federales habían perdido toda legitimidad y carecían de sentido. El camino hacia la refundación del Estado unitario —una tercera Yugoslavia— está jalonado por los sendos fracasos de cuantos proyectos perseguían la regeneración política y económica de la Federación y el mantenimiento de los vínculos entre las comunidades sudeslavas dentro de un Estado común. Las propuestas resultan, una tras otra, inaceptables para alguna de las partes: así sucede con el proyecto serbio de reforma ilegal de la Constitución Federal de 1974 para unificar la comunidad nacional serbia (la «Gran Serbia») y recuperar así el prestigio perdido en el seno del régimen comunista de Tito; la misma suerte se reserva la tentativa croata-eslovena de refundar el Estado con una estructura confederal o la solución de compromiso planteada por Bosnia-Herzegovina y Macedonia para mantener unidas las comunidad eslavas dentro de un Estado de estructura mixta de tipo federal y confederal. A partir de aquí, un triple conflicto abre las puertas de la desintegración de Yugoslavia: entre el poder constituido y las

distintas minorías en defensa de sus derechos, entre el antiguo poder federal y los nuevos gobernantes de las repúblicas, y entre el ejército federal (rápidamente transformado en serbio) y las repúblicas independentistas.

La desintegración es otra vez traumática, no tanto por la descomposición territorial como por la presencia de la guerra en la creación de las nuevas unidades estatales. El recurso a la «limpieza étnica», cuyo objetivo básico era «purificar un territorio, extirpando del mismo toda señal humana o cultural considerada extraña y, por lo tanto, potencialmente nociva para la existencia de una nación étnicamente pura» (p. 142), domina el proceso de fundación de nuevas entidades: creación del Estado Independiente Esloveno, permanente reivindicación croata de un Estado propio, independencia de Bosnia-Herzegovina, reconocimiento de Macedonia como «Antigua República Yugoslava de Macedonia», y refundación del bloque serbio (Serbia y Montenegro) como República Federal de Yugoslavia, «tercera y mínima Yugoslavia». Con el final del conflicto bélico en el escenario de la antigua Yugoslavia y las bases de los acuerdos de Dayton, ratificados en París en diciembre de 1995, los autores terminan su recorrido por la más reciente historia sudslava; con la desaparición traumática de la segunda Yugoslavia, además de la desintegración de la Unión Soviética y la ruptura de Checoslovaquia, se cierra una de las etapas más complejas de la época contemporánea europea.

La obra de Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, que se cierra con un apéndice documental amplio y bien seleccionado, constituye, en suma, una excelente guía para adentrarse en el laberinto yugoslavo y proporciona al lector las líneas maestras de la convulsa evolución yugoslava en el siglo xx.

*José Ramón Díez Espinosa*

ELISEU TOSCAS I SANTAMANS, *L'Estat i els poders locals a la Catalunya del segle XIX. Una visió des de Sarriá (1780-1860)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1997, 344 pp., pról de Raffaele Romanelli.

Para quienes hemos dedicado buena parte de nuestro esfuerzo investigador al conocimiento de las realidades locales o regionales durante